Aprovechando que Silvia Asensio, la compañera de Sodepau que lleva los proyectos en Palestina tenía que ir para allá la primera quincena de abril, pensé que era una buena ocasión para viajar a un lugar que hacía tiempo que tenía ganas de conocer. Ella ya hacía tiempo que me decía que a ver si me animaba, y esta vez encontré un billete muy barato vía Istanbul.

Días antes del viaje estuve leyendo una vez más sobre la historia de Palestina, que es una sucesión de atropellos a la gente de ese país desde finales del siglo XIX. Durante la I Guerra Mundial, Francia y Gran Bretaña hicieron muchas promesas a los líderes árabes de Oriente Próximo a cambio de su apoyo durante la Guerra, pero al mismo tiempo bajo mano le iban diciendo al Congreso Mundial Sionista que Palestina era un lugar adecuado para crear el hogar nacional judío, de hecho los judíos habían pensado en otras alternativas para fundar su nación como Estados Unidos, Argentina, etc. Luego vino el famoso acuerdo Sykes-Picott, dos diplomáticos francés e inglés respectivamente, que ante la inminencia de la caída del Imperio Otomano trazaron en un despacho de Londres las fronteras de los nuevos países, fronteras que se inventaron, y se repartieron las zonas a su antojo. Empezaba a vislumbrarse la importancia estratégica que tendría el petróleo, y los países occidentales querían tener en Oriente Próximo un Estado afín a sus intereses. Bueno todo esto súper resumido, omitiendo muchos detalles del habitual maquiavelismo de la diplomacia occidental.

 El primer shock de este viaje lo tuve ya antes de llegar a Tel Aviv. En el aeropuerto de Istanbul, conforme me dirigía a mi puerta de embarque, veía algo muy raro a través de los vidrios, muchas personas moviendo el cuerpo adelante y atrás. Cuando llegué a la sala en cuestión, el espectáculo que tenía ante mí me dejó estupefacto. Decenas de judíos ultraortodoxos rezando con la Tora en una mano, unos moviendo el tronco hacia delante describiendo un ángulo de unos 45 grados, otros de izquierda a derecha, y otros haciendo una combinación de ambos movimientos. El atuendo era casi idéntico en todos, camisa blanca y todo el resto de color negro, pantalón, zapatos, americana, abrigo, túnica, sombrero, etc. La piel blanca como la leche, ni los guiris del norte de Europa están tan blancos, y la barba de dimensiones variables, desde corta hasta muy larga. Algunos llevaban la kipá, esa especie de boina de tamaño reducido que sólo les cubre la coronilla, y otros un sombrero (de color negro, cómo no) con las alas muy anchas. Por cierto que muchas veces me había preguntado cómo se lo hacen para que no se les caiga la kipá, y resolví el enigma, se la cogen al cabello con dos imperdibles. La guinda del pastel de la estampa que ofrecen son los tirabuzones colgantes en el cabello, uno a cada lado. Semejante extravagancia no la había visto en mi vida. Las mujeres en cambio iban vestidas estilo centroeuropeas años 30, viéndolas me venían las imágenes de las películas de la II Guerra Mundial. Luego descubrí que la mayoría de ellos era de Estados Unidos, también había algunos argentinos.

Al llegar a Tel Aviv, para ir hacia Al Quds (Jerusalem) hay que coger un minibús de nueve plazas llamado sherut. A medida que iban llegando los sheruts, les daban preferencia descarada a los ultraortodoxos para subir en el vehículo, los que íbamos de “civiles” nos quedamos los últimos. Finalmente conseguí meterme en un sherut con los últimos restos que quedaban de esa especie de pingüinos con sombrero. Había tres yanquis que en los 70 km de trayecto hasta Al Quds no pronunciaron palabra, la mirada como perdida en el más allá, creo que no movieron ni un músculo de su cuerpo, estuve tentado de pincharles con algo para comprobar si estaban vivos. En cambio había dos argentinos que no pararon de charlar en todo el rato, comentando cosas de Buenos Aires, de sus anteriores viajes a Israel, de cómo les iban los estudios, etc.; dentro de la ridiculez de su vestimenta por lo menos se comportaban más como seres humanos.

En Al Quds habíamos quedado que me pasarían a buscar por el Jerusalem Hotel la Silvia, que es la responsable de los proyectos en Palestina, y el Llorenç, un cooperante que tenemos allí desde diciembre. Ya en el primer paseo por la zona antigua de la ciudad se palpaba la tensión en el ambiente. Nada más entrar dentro de las murallas por la Puerta de Damasco, la policía israelí de frontera se lleva a un chico palestino esposado porque al parecer no tiene sus papeles en regla, y eso que todavía estábamos en Jerusalén Este que teóricamente es zona palestina, pero poco a poco me fui dando cuenta de que allí no hay nada que sea palestino, son parias en su propia tierra. A medida que vamos avanzando en dirección hacia Jerusalén Oeste, la Silvia, que se conoce aquello al dedillo porque lleva yendo allí desde el 2001 y vivió allí durante tres años, me va explicando todas las casas que eran de palestinos y que ahora son de israelís porque echaron a los palestinos mediante artimañas legales varias, o se encontraron la casa ocupada al regresar de unas vacaciones, en fin todo muy duro. Todo ello en Jerusalén Este, el Oeste los palestinos ni osan pisarlo, en cambio los judíos campan a sus anchas en el Este, ocupan casas, en fin hacen lo que les da la gana. Bueno al final llegamos al Muro de las Lamentaciones, pues nada el espectáculo que había presenciado en el aeropuerto de Istanbul, lo mismo pero multiplicado por cien. Luego continuamos hacia la zona cristiana, el Santo Sepulcro donde supuestamente está enterrado Jesús, etc. Anteriormente también habíamos pasado por la Vía Dolorosa por donde arrastró la cruz, esos sitios con reminiscencias bíblicas eran bastante más agradables de ver que los ultraortodoxos moviéndose rítmicamente mientras recitan pasajes de la Tora en voz alta, bastante alta. Para llegar al Muro ya habíamos tenido que pasar el primer check point de los muchos que tuvimos que pasar. Me fijé que hay muchos soldados del Ejército israelí que son de raza negra, son judíos de origen etíope.

Como era el día del Barça-Depor, había una cita multitudinaria para ver el partido en el restaurante Border Line, con parte de la comunidad catalana y española que vive allí, más personal del Alternative Information Center que es una de las contrapartes de Sodepau. Nos juntamos allí cooperantes de ONG’s varias, periodistas, los de la ONG palestino-israelí, los de Sodepau. Muy interesantes las conversaciones con los periodistas, si ellos que viven allí tienen la visión que tienen del conflicto, ¿cómo es posible que los medios de comunicación muestren una visión tan edulcorada de lo que hace el Estado de Israel? Pues supongo que por censuras de los redactores jefe, presiones del lobbie pro israelí (en el caso de Catalunya, Pilar Rahola, Vicenç Villatoro, Joan B. Culla, Francesc Marc Álvaro, etc.)

Al día siguiente fuimos a Beit Omar, un pueblo a medio camino entre Beit Lehem (Belén) y Hebrón. Viajando por Cisjordania, la presencia del muro es omnipresente. En julio del 2004, la Corte Internacional de Justicia de La Haya sentenció que el muro ése es ilegal, que había que derribarlo e indeminizar a todos los palestinos que tras su construcción se encuentran con que no pueden acceder a sus campos de cultivo, que tardan horas en llegar a sitios que antes estaban muy cercanos como hospitales, escuelas. El Estado de Israel se pasó la resolución del tribunal por el mismo sitio por donde se pasa toda la legislación internacional, todas las resoluciones de Naciones Unidas: tras la sentencia aceleró todavía más su construcción. Algunos pueblos palestinos han quedado fuera de Cisjordania, porque los israelís han aprovechado para recortar una vez más el territorio palestino, si es que se le puede llamar territorio a un conjunto de ciudades y pueblos troceados, separados entre sí, con restricciones de agua, sin acceso a servicios básicos, con el asedio constante de los colonos israelís de los asentamientos, con check points por todos lados. vaya que la Franja de Gaza es un campo de concentración pero Cisjordania no está muy mejor. La Palestina actual ya sólo representa el 22% de la Palestina histórica, pero es que además ese 22% es una tomadura de pelo porque se parece más a una cárcel que a un país independiente.

En Beit Omar nos esperaba uno de los momentos más interesantes del viaje.....

Continuará…..